



MARÍA MAIZKURRENA

La burbuja

Todos llevamos dentro un nómada o un sedentario, salvo algunos individuos que esconden una trágica combinación de los dos, pero nómadas o sedentarios, pastores o campesinos, necesitamos nuestra tienda o nuestra cabaña. Tienda o cabaña en la que estableceremos o a la que regresar después de las migraciones estacionales y los períodos de nomadeo por países exóticos y agencias de viajes. De manera que, para conseguirla, somos capaces de endeudarnos hasta las cejas.

El precio de la vivienda ha vuelto a subir este año de una forma desconsiderada y se prevé que continúe hinchándose durante el año próximo. En consecuencia, el número de hipotecas crece y los créditos están cada vez más gordos y lustrosos en detrimento de la cesta de la compra, que tiende a volverse más escuálida. Nunca las familias españolas que pueden endeudarse habían estado tan endeudadas. La situación deprime y molesta a las familias, y también a los jóvenes que sólo pueden aspirar a un trozo de vivienda en alquiler, pero no arredra a los expertos. La cosa, aseguran, es menos grave de lo que parece. Pues ahora resulta que la famosa burbuja inmobiliaria, esa que se infla y siempre está a punto de reventar, no es tal, no existe, no sabe y no contesta. Los expertos, gentes como Jaime Caruana, gobernador del Banco de España o como Ángel Berges, que presentaba en Bilbao un estudio del grupo Planner hace pocos días, dicen que esto no es nada. Entre otras razones científicas para no alarmarse aducen que si las familias españolas dedican casi la mitad de lo que ganan a pagar el piso, los británicos están todavía peor. Además, los pisos suben en todos los países desarrollados, y lo que sucede es que, a este lado de los Pirineos, partíamos de precios más bajos. Por eso el incremento ha sido brutal, porque convergemos con Europa. La convergencia afecta, como siempre, a los precios, pero no a los salarios. Y lo peor es que vamos a seguir convergiendo.

La vivienda ha sido reconocida como una necesidad básica y un derecho de todos por toda clase de declaraciones y textos legales. Es la guarida y el territorio mínimo sobre el que se posan la técnica y el espíritu para convertirla en casa, en hogar, en guardería infantil, en biblioteca, en espacio simbólico. La mayoría de los ciudadanos se conforma con muy pocos metros, pero si calculamos el precio del metro cuadrado nos sale una cifra que parece una broma cruel. Confiábamos en que, al menos, explotara la burbuja inmobiliaria y se fuera todo a la porra, justo castigo a la irracionalidad y la desmesura. Y ahora resulta que ni siquiera hay burbuja inmobiliaria.